

# Ultimo escrito que trata del patético fin de aquel poeta desdichado

Ya no me acordaba de él. Hacía veinte años que no nos habíamos vuelto a ver las caras. Mientras tanto, sucedieron muchas cosas; una de ellas, quizá la más importante para mí, fué que en la Corte, a fuerza de los muchos sacrificios y privaciones que mi padre llevó a cabo, concluí mis estudios de Jurisprudencia.

Con gran orgullo de mi sacrificado viejo, tuve a bien instalar mi bufete en una de las principales calles de mi villa natal, queriendo el azar que el mismo día de Nochebuena tuviera que personarme con toda urgencia (así me lo había exigido el comerciante de garbanzos y almadreñas) en casa de un poeta viejo, el cual, por no haber satisfecho el importe de dos cocidos, se veía obligado el empedernido tendero a embargarle los cuatro trastos apolillados y no hipotecados (de casualidad), que con tanto cariño apretaba contra el pecho, sin dejarlos escapar.

Yo, naturalmente, me colé por aquellas callejuelas de antaño, tristes y sucias y hube de llegar hasta la buhardilla donde, como Caballero de la Triste Figura, desmayado sobre su camastro viejo, quizá heredado de sus padres, acaso de sus abuelos, se batía con la muerte, casi sin ánimos, y yo veía cómo la cruel enemiga del fracasado poeta, quizá del pensador empedernido, acaso del consumado economista, iba ganando terreno, cómo le iba acorralando, hasta arrimarlo a la pared y ponerle la punta del florete sobre el pecho, en señal de triunfo.

Una mirada me bastó para apreciar la hacienda de mi amigo: era toda ella, una brazada grande de libros que con sus ahorros se había procurado cuando era joven. El los miró, les dijo adiós, los volvió a mirar, y entonces vi en aquella buhardilla que se desmayaba, de puro vieja, amueblada con un diván, con todo el damasco que había sido verde, ahora sorrastrado y sucio. Una mesa de escritorio plagada de fondos de vasijas que supongo irían a parar allí con el fin de restaurar el estómago del desdichado poeta en alguna noche en que traspasaba de su cabeza a las inmaculadas cuartillas las estrofas de amor y de pureza, de sentimentalismo y de amargura que no le valieron más que para llamar a voces a la endiablada miseria, verdadera amiga de Samuel durante el corto período de su vida. Amicos brazos que le abrazaron, arrugados y venosos en su última hora, que le dijeron adiós, como él a los libros, pero con la diferencia que ésta le despidió con una sonrisa de ironía, con una mueca de fantasma.

Yo no quise ver más. Fué bastante. Pero, no obstante, me interrogué: ¿Y éste es el fin de un sabio?

—No—me respondió—; es el fin de un poetastro, el de un principiante, que lo es toda la vida. Así sucede en todas las profesiones.

Marino GOMEZ SANTOS